

ter á otro, ó la miseria oculta de que se tuvo noticia. Aun en las cosas que salen al público puede haber murmuracion, exagerándolas ó añadiendo circunstancias, que, aunque verdaderas, no se habian publicado, y acriminan mas el hecho; como tambien por el contrario, callando maliciosamente otras que disminuyen la gravedad y la vergüenza. Se pueden interpretar mal muchas acciones que en lo exterior parecen buenas; y entonces tambien es murmurar el manifestar á otros nuestras sospechas, ora sean sin fundamento, ora con él. Hay murmuraciones habladoras, y las hay tambien mudas: un gesto, una risita falsa, cierto tonillo, un retintin, un silencio seco y afectado equivalen muchas veces á una mordaz murmuracion. No son las menos amargas aquellas murmuraciones que van mezcladas con gracias y con pullas. Tambien es especie de murmuracion el remedar los gestos y los modales de algun sugeto con intencion de reirse á su costa y hacerle ridiculo. Imponte una severa ley de evitar escrupulosamente todas estas diferencias de murmuraciones, y de no decir jamás, ni aun por diversion, cosa alguna que haga ridiculos á otros, no hablando nunca ni aun de sus defectos naturales.

---

### DIA TRECE.

SAN ESTANISLAO DE KOSTKA, NOVICIO DE LA  
COMPañIA DE JESUS.

Fué san Estanislao de una de las mas antiguas casas de Polonia. Luego que llegó á edad competente, le dieron por ayo y por maestro en los rudimentos de la lengua latina á un jóven caballero, llamado Juan Bilinski. Pero anticipándose el Espiritu Santo á la vi-

T. II.

P. 254.



S. ESTANISLAO DE KOSTKA.

gilancia del ayo, muy de antemano habia dado á Estanislao las primeras lecciones en la ciencia de los santos. Luego que fué capaz de conocer á Dios, se sintió inclinado á amarle; y decia él mismo muchas veces que el primer uso de su razon fué ofrecerse y consagrarse al Señor. Mucho se debia esperar de una alma que al primer asomo de la razon supo enternecerse á vista de la amabilidad de su Dios, y rendirle desde luego amoroso vasallaje. Todos llamaban á Estanislao el ángel, y á la verdad este era su carácter. Era en extremo hermoso; pero se decia de su hermosura lo que san Ambrosio habia dicho de la belleza de la santísima Virgen, que inspiraba castidad, y que sola su vista disipaba las tentaciones impuras. Su pudor era tan delicado, que bastaba para desmayarle una palabra algo mas libre que se dijese en su presencia. El sumo amor que profesaba á la pureza le obligaba á evitar con exquisito cuidado todo aquello que podia ocasionar en ella aun la mas mínima mancha. Gustaba de vestir sencillamente, aborrecia el juego, huía las conversaciones peligrosas, y lo que mas contribuyó á la conservacion de su inocencia, fué el estar siempre ocupado en el estudio ó en la oracion. Hasta edad de catorce años estudió en casa de sus padres, y despues trataron estos de enviarle á algun colegio. Habia á la sazón en Viena de Austria un célebre seminario dirigido por los jesuitas, fundado por el emperador Ferdinando para la educacion de la juventud alemana, así en el santo temor de Dios, como en el estudio de las letras humanas. Enviaronle á él sus padres en compañía de otro hermano suyo, llamado Pablo. No podia haber cosa mas oportuna para la virtuosa inclinacion de Estanislao: en poco tiempo le admiraron todos como cabal modelo de las mas perfectas virtudes. Pero no podia durar mucho una vida tan sosegada. Rara vez deja el

Señor por largo tiempo á los santos en reposo. Debiendo estos conformarse con la cabeza de los predestinados, que es Jesucristo, varon de dolores, siempre les previene varias cruces para que se asemejen á él por medio de los trabajos. Salió Estanislao del seminario, y se vió precisado á estar de posada en casa de un luterano, donde tuvo mucho que padecer; porque, viendo Pablo de Kostka que la vida de Estanislao era muy contraria á la suya, y considerándole como un incómodo censor, cuyo arreglado porte era una muda reprension de su desórden, le concibió tanta aversion, que le comenzó á perseguir sin término ni medida. Gustaba mucho de sonrojarle en todas ocasiones: burlábase de cuanto hacia; tratábale de tonto y de mentecato; pero como vió que nada de esto bastaba para que mudase de paso y de fervor, se enfureció tanto contra él, que muchas veces le llegó á poner las manos con extremado rigor. Sufria Estanislao estos indignos tratamientos con la constancia de un pequeño mártir. Por mas que hiciese con él, ni murmuraba, ni se quejaba, ni se alteraba jamás la serena igualdad de su semblante. Pero al fin, estos malos tratamientos de su hermano, juntos á la austeridad de su penitente vida, le causaron una enfermedad, que le puso á las puertas de la muerte. Salió de ella por favor particular de la santísima Virgen, que le dió á entender habia de entrar en la Compañía que se honra con el nombre de su Hijo. Pidió ser recibido en ella; pero se halló con dificultades que se oponian á sus intentos. Viendo el santo mancebo frustrados todos los demás medios que habia aplicado para conseguir lo que deseaba, resolvió tratar el negocio únicamente con Dios: púsose en oracion, levantó los ojos al cielo, y suplicó fervorosamente al Señor que le proporcionase los medios de obedecerle. En el mayor fervor de esta oracion se sintió

fuertemente movido á dejar á Viena y alejarse mas de su país, conociendo bien que la cercanía á él seria siempre estorbo á sus piadosos intentos. Obedeció á la inspiracion, y salió de Viena; al salir, se desnudó de su vestido, y se le dió á un pobre; vistióse una túnica de tela que llevaba prevenida; ciñióse con una cuerda, colgando de ella el rosario; tomó un bordon en la mano, y en este traje de peregrino se encaminó á la ciudad de Ausbourgo donde pensó encontrar al padre provincial; pero no hallándole en ella, partió á Dilinga para abocarse con él, y entre estas dos ciudades sucedió el prodigio siguiente: Queriendo un dia comulgar, entró en la iglesia de una aldea que estaba abierta, y vió en ella unos paisanos haciendo oracion. Pareciéndole buena ocasion para oír misa y rezar sus devociones, se puso en oracion como los otros; pero luego conoció en el modo con que se celebraban los oficios que era un templo de luteranos. Afligióse imponderablemente viendo profanados nuestros sagrados misterios por aquellos impíos ministros; y como no pudo satisfacer aquel dia sus ansiosos deseos de recibir á Jesucristo, lloró amargamente, y se quejó con tan amorosa ternura á su amado Dueño, que mereció ser consolado; porque, mientras le estaba dando estas amorosas quejas, vió venir hácia sí una tropa de espíritus angélicos, y entre ellos uno que traia en sus manos el pan de vida, y acercándose á Estanislao con un aire lleno de majestad, le dió la comunión, dejándole en posesion de Jesucristo. Halló Estanislao en Dilinga al provincial, el cual le amó desde que le vió; y sintiéndose movido á favorecer sus santos intentos, quiso probarle. Descubrió en él tan raras prendas y tantos dones sobrenaturales, que desde luego le consideró como á un niño que enviaba Dios á su recién nacida religion para ser con el tiempo una de sus mas bri-

llantes antorchas. Con este pensamiento resolvió enviarle á Roma para desviarle mas de sus padres, y quitarles la gana de retirarle á vista de las dificultades cuando llegasen á entender que estaba tan distante. Envióle, pues, á Roma, y luego que llegó, se fué á echar á los piés del padre general, que lo era á la sazón san Francisco de Borja. Abrazóle el santo tiernamente, y le dijo estas palabras, que le llenaron del mayor consuelo que experimentó en toda su vida: *Estanislao, yo te recibo, y no te puedo negar este gusto, porque tengo muchas pruebas de que Dios te quiere en nuestra Compañía.* Halló Estanislao en el retiro una especie de celestiales dulzuras que nunca habia probado. Aquel Dios, que le habia retirado á la soledad para hablarle al corazón, derramó sobre él tan vivas luces y tan copiosa inundacion de consuelos interiores, que el sugeto á quien señaló el maestro de novicios para que le fuese instruyendo en los primeros ejercicios, decia que estaba confuso de que le hubiesen obligado á encargarse de la direccion de uno de quien podia y debia aprender como discípulo. Pero ¿quién podrá explicar la avenida de su gozo cuando le vistieron la sotana, y fué recibido entre los demás novicios? Estaba tan preocupado, tan alegremente embebido en la idea de su dicha, que no acertaba á hablar de otra cosa. Recibió una sentida carta de su padre llena de desprecios y de amenazas: leyóla, lloró su ceguedad; pero no le hizo la mas mínima impresion. No cabia mayor fervor que el de nuestro santo novicio. Respiraban todas sus acciones no sé qué fuego particular, que las distinguía de las de los otros, aunque no hiciese precisamente sino lo que hacian todos los demás. Imitaba lo mas perfecto que notaba en cada uno de sus hermanos: sus mortificaciones no tenian otro límite que el que les prescribia la obediencia. Esta era en él tan

perfecta, que el maestro de novicios decia no parecerle posible serlo mas: guardaba con ejemplarísima exactitud todas las reglas y todo el orden de la observancia regular. Su humildad era profunda; su dulzura y amabilidad inexplicable; todo respiraba en él un carácter de genio suavísimo y dulcísimo. Pero ¿hasta dónde llegaba su amor de Dios? No amaba Estanislao á Dios con solo aquel amor de preferencia en que consiste la esencia de la caridad; amábale tambien con aquel amor de ternura que es efecto de la caridad abrasada y encendida, y se deja sentir vivamente en el corazón. De tal manera se habia apoderado de él aquel divino fuego, que algunas veces le era preciso tomar el aire para desahogarse, y no caer en deliquio. Cuanto mas se acercaba esta víctima del divino amor á la consumacion del sacrificio, menos parece que la perdonaba Dios. Explicábase en lágrimas la ternura de su amor; siempre tenia bañados los ojos en ellas; y el cardenal Belarmino escribe en su libro intitulado: *el Gemido de la paloma*, que las derramaba á torrentes cuando comunicaba con el Señor. De esta íntima union con su Dios nacia aquella gracia particular que tenia para tranquilizar las almas turbadas y afligidas. Confiabanle algunos sus trabajos interiores; y luego que Estanislao hacia oracion por ellos, experimentaban restituirse á sus corazones la calma y la serenidad. Su zelo por los intereses de la Madre de Dios fué superior á todo encarecimiento. Movido de su vehemente pasión á la gloria de esta soberana Reina, hizo estudio particular en los autores de aquellos pasajes mas sublimes y mas propios para formar un elevado concepto de su grandeza. Pero la víctima se iba cada dia consumiendo. Aun no contaba diez meses de noviciado, cuando tuvo un interior presentimiento de que estaba cercana su muerte. Explicóse en términos bastante claros

para que se conociese su disposicion; pero atendiendo á su corta edad y á su salud, no se dió mucho crédito á lo que positivamente afirmaba sobre su cercano fin. Como Estanislao amaba á Dios con todo su corazon, no podia amar la vida que le separaba de él, y deseaba la muerte que le habia de unir para siempre con su adorado Dueño: por esto la estaba continuamente pidiendo, y al cabo fué oida su oracion. Rindióle á la cama una calentura; y esta primera señal que quiso el Señor dar á Estanislao de que habian sido oidos sus deseos, le causó una alegría que se comunicó del corazon al semblante. Mantúvose la enfermedad por algun tiempo en cierta especie de consistencia, sin agravarse ni disminuirse; pero al fin cayó en un desfallecimiento tal, que ya se comenzó á temer fuese demasadamente cierto lo que habia dicho de su muerte. Volvió en sí del desmayo, y se le administraron á toda priesa los sacramentos. Recibió Estanislao el Viático y la extremauncion con tanto gozo, que no lo pudo disimular en medio de su extrema debilidad, manifestándole en la fogosa vivacidad de los ojos y del semblante: ni el frio de la muerte que ya comenzaba á apoderarse de él fué capaz de extinguir la viveza de su amor. Preguntáronle si estaba muy resignado en la voluntad de Dios, y respondió con admirable tranquilidad: *Mi corazon está aparejado, mi Dios, mi corazon está aparejado.* Pasó despues algun rato regalándose con su Dios, teniendo en la mano una imágen de la santísima Virgen, y el rosario rodeado al brazo. Finalmente, dejándose ver de él esta soberana Reina, acompañada de una numerosa tropa de vírgenes, como lo dijo el mismo Estanislao, entregó su espíritu en manos de su querida Madre á poco mas de las tres de la mañana el dia 15 de agosto del año de 1568, hácia el fin de los diez y ocho años de su edad, y á los diez meses de novi-

ciado. Fué tan extraordinario el concurso de los que asistieron á sus exequias, que mas parecia aparato de triunfo que de funerales, descubriéndose en el hermoso semblante del cadáver un como destello de la gloria que gozaba aquella alma dichosisima. En atencion á sus virtudes y milagros la canonizó y puso en el catálogo de los santos el papa Benedicto XIII el último dia del año de 1726. Bien podemos decir ahora con el Sabio que se hizo perfecto en poco tiempo, y que en el corto número de años que vivió, se adelantó á los que lograron vida mas larga. Dióse priesa Dios á retirarle de este lugar de miseria y de pecado porque le era agradable su alma.

---

SAN EUGENIO III, ARZOBISPO DE TOLEDO.

San Eugenio, tercero de este nombre en la silla de Toledo, uno de los mas brillantes ornamentos del orden episcopal, uno de los mas zelosos prelados que han brillado en la iglesia de España, y uno de los hombres mas sabios de su siglo, nació en la ciudad de Toledo. Sus padres, distinguidísimos en aquella capital por sus honoríficos empleos, por la calificada nobleza de sus ascendientes, pero mucho mas por su piedad, bien acreditada en las muchas piadosas obras que se debieron á su religioso zelo, se dedicaron con el mayor esmero á criar al niño sobre el sólido principio del santo temor de Dios, sin omitir alguna diligencia que pudiera contribuir á su mejor instruccion. Pero como el Espiritu Santo habia derramado con mano liberalísima muy particulares gracias en la dichosa alma de Eugenio, tuvieron la complacencia de ver en él cumplido cuanto podian apetecer sus deseos. Aunque su educacion la tuvo en la corte, no le corrompió

ni su aire, ni sus máximas. Previnole el Señor con sus dulces bendiciones: dióle un corazón tan justo y una inclinación tan recta, que no fueron capaces para pervertirle ni los atractivos más brillantes del siglo, ni aun los artificios de que se vale para perder á los jóvenes.

Aplicado Eugenio á la carrera de las letras, como se hallaba dotado de un ingenio excelente, de una eminente capacidad, y de una ambición singularísima por adquirir sabios conocimientos, hizo en las ciencias admirables progresos, y no menores servicios en la Iglesia real, por la que se entiende ordinariamente la de Toledo, á la que fué asignado desde sus más tiernos años. En efecto, su grande sabiduría y la justificación de su conducta le adquirieron la estimación general de todo el pueblo. Solo él vivía disgustado de su reputación y del aplauso común; pues el deseo de atender únicamente al importante negocio de su eterna salvación, tenía para Eugenio mayor atractivo que todas las lisonjeras esperanzas, y ventajosas proporciones que el mundo ofrecía á su alto nacimiento y á sus relevantes méritos. Esta consideración le hizo mudar de estado, y buscar otro donde pudiese llegar á la perfección que deseaba. Para poner en ejecución estas nobilísimas ideas, y evitar el que alguno lo impidiese, se huyó de su casa con el mayor sigilo, y se dirigió á Zaragoza, donde creyó que hallaría muchos objetos de piedad capaces de fijar su residencia. Allí abrazó la profesión monástica en el célebre monasterio del orden de san Benito, dedicado á santa Engracia y gloriosos compañeros, en el que de nuevo se aplicó á formar su espíritu sobre las máximas de la perfección evangélica, siendo todas sus delicias la meditación y la lección de los libros sagrados y ascéticos. El ejemplo de tantos ilustres mártires, que hacían la mayor gloria á aquel célebre

pueblo, le arrebatában frecuentemente, y le llevaban á contemplar delante de sus túmulos los triunfos y las coronas que merecieron, y encendiéndose en vivísimos deseos de imitar las virtudes que los dispusieron á recibir tan recomendable dicha; en esto pensaba con la mayor fruición la mayor parte del tiempo.

Dedicado Eugenio al culto divino y al obsequio de los santos mártires, sin dejar el estudio, que siempre fué el objeto de sus atenciones, hizo en la piedad grandes progresos, nada inferiores en las disciplinas eclesiásticas. Sobre la estimación general del clero y pueblo se concilió la de san Braulio, obispo á la sazón de Zaragoza, bajo cuyo magisterio adelantó nuestro santo considerablemente tanto en doctrina como en virtud. Eligióle por su arcediano aquel célebre prelado, y confesaba ingenuamente que en el trato y familiaridad de Eugenio tenía todo su gozo y toda su complacencia, expresando además que era el único consuelo en los muchos trabajos de sus apostólicas tareas. Enfermó el santo obispo á fuerza de sus continuos desvelos, y cargó toda la solicitud pastoral de la iglesia de Zaragoza sobre los hombros de Eugenio, quien dispensó todos los deberes del ministerio con tanta justificación y con tanta prudencia, que apenas encontró elogios el mismo san Braulio con que recomendar su mérito en las cartas que escribió al rey Chindasvinto, acreditándolo así á mayor abundamiento la fama de su eminente virtud, no solo en Zaragoza y su diócesis, sino es en todo el reino de España.

Pasó á mejor vida Eugenio II, arzobispo de Toledo, é inmediatamente pusieron los ojos todo el clero y pueblo en nuestro santo, bajo el concepto de no haber persona más digna para que ocupase la silla primada de la nación. Solo restaba vencer su resistencia.

pues por su profunda humildad se confesaba indigno de tan eminente empleo, al paso que sentia con excesivo dolor dejar su amado retiro, centro de todas sus complacencias. Supo Chindasvinto la repugnancia del electo, y la de san Braulio en desprenderse de tan útil ministro, y despachó una estrecha orden para que sin dilacion se presentase en Toledo. Con cuánto sentimiento recibiese san Braulio aquel aviso, se puede colegir por las cartas que escribió al rey, en las que protestó, clamó y lloró, que no dejaría piedra por mover para que desistiese aquel soberano de su determinacion, haciéndole presente que Eugenio era el único consuelo que le habia quedado en su vejez, y que la mayor calamidad que pudiera suceder á la iglesia de Zaragoza era la de su ausencia. Pero prefiriendo Chindasvinto el bien de la iglesia de Toledo á todas las súplicas y lágrimas de san Braulio, repitió como por derecho patrio á Eugenio que fué recibido en la ciudad regia con universal aclamacion, pues todos deseaban ya con impaciencia ver á su sante pastor, gloria y honor inmortal de su patria. Habia convocado el difunto Eugenio II para el concilio VII Toletano á los obispos de la provincia; y hallandose estos en Toledo, inmediatamente fué consagrado nuestro santo, y fué uno de los padres que asistieron en aquella asamblea.

Colocado Eugenio en la primera silla episcopal de España, acreditó con pruebas prácticas el alto concepto que de su emmente virtud y de su grande sabiduría habian formado el clero y pueblo de Toledo; pues, aunque era de una complexión y temperamento sumamente delicado, elevándole su zelo verdaderamente apostólico sobre las fuerzas de su naturaleza, llenó todos los deberes de su oficio pastoral con una vigilancia y con un fervor que le hacian parecer superior á los hombres mas robustos. No nos constan

todos sus laudables hechos; pero por los grandes elogios, aunque con concisas palabras, de sus dos insignes discípulos san Ildefonso y san Julian, ambos arzobispos de Toledo, se acredita que fué un modelo de los prelados perfectos que exige el apóstol en la Iglesia de Jesucristo. *Sucedió á un Eugenio otro Eugenio*, escribe san Ildefonso: *Siendo este esclarecido sacerdote de la Iglesia Real, se aficionó á la vida monástica, arribó con gran fervor á Zaragoza, allí se dedicó á los sepuleros de los mártires, profesó y siguió gloriosamente los estudios de la sabiduría y el propósito de monje: de allí con violenta y poderosa mano fué arrebatado y colocado sobre la silla episcopal, en la que pasó una vida mas llena de los merecimientos del alma, que de fuerzas del cuerpo: era este delicado, escaso su vigor, pero grande y alentado el de su espíritu, con que consiguió la perfeccion de las letras y alcanzó las costumbres de las virtudes.*

Como el objeto principal de este eminente prelado fué siempre el culto divino, corrigió varios abusos introducidos en los oficios eclesiásticos por la incuria de los tiempos; compuso otros de nuevo con el mayor acierto; y no omitió diligencia alguna que pudiera contribuir á la reforma de las costumbres de su pueblo, y á poner en el mejor orden las acciones eclesiásticas, distribuyéndolas segun la cualidad de las personas, procediendo con tanto escrúpulo en orden de estas, que, sin embargo de su gran sabiduría, consultó á san Braulio sobre las providencias que debia tomar con cierto prelado que entró en el ministerio por medios menos dignos, y con algunos diaconos que excedieron los limites en la administracion de los sacramentos.

El deseo de aprovechar á la Iglesia le hizo celebrar varios concilios, que lo fueron el VIII, IX y X Toletanos, en los que presidió tanto por la autoridad de

su silla, como por su eminente sabiduría, acreditándose esta y su justificación en los cánones que se establecieron en aquellas célebres asambleas.

También escriben algunos que, aprovechándose el santo prelado del zelo que manifestó por la fe católica el rey Recesvinto, á quien ungió segun la costumbre de los Godos, empenó toda su reputacion en la conversion sincera de los judíos de España, los que ilustrados, por sus continuos catequismos y sabios discursos, representaron al rey con ingenuidad que, aunque hasta entonces habian aparentado profesar la religion cristiana en virtud del decreto de Chintila, habian sostenido en el interior su error, el que abjuraban en fuerza de las instrucciones de Eugenio.

No robaron al santo tanto el tiempo sus fatigas apostólicas, que no le diesen treguas para la contemplacion, para otros ejercicios santos y para el estudio de las ciencias, con el fin de que aprovechase á muchos la ilustracion de su doctrina. Asi lo acreditan las obras que compuso en verso y prosa, que pueden verse en la magnífica edicion hecha con la mayor crítica por el eminentísimo señor don Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de Toledo, en el año 1782. Memorable es entre ellas la correccion del poema del doctísimo Dragoncio, bajo el titulo de Exameron, sobre los seis dias primeros de la creacion del mundo, supliendo el séptimo que faltaba al lleno de aquel asunto con tal energía, que parece salió mas hermoso de la mano del corrector, que de la del primer autor del pensamiento. También compuso un primoroso libro acerca de la santísima Trinidad, el que nos robó el tiempo, donde trató el misterio con tanta delicadeza, con tanta claridad y con estilo tan superior, que de él expresó san Isidoro que era digno de enviarse al Africa y á la Grecia, señalando

estas dos provincias, ó bien porque en ellas florecian por entonces varones eminentes, ó bien porque en las mismas restaban todavia algunas reliquias de la herejía arriana, contra cuyo error se dirigia el escrito principalmente.

Finalmente, cargado Eugenio de años y merecimientos, murió con la muerte de los santos en el dia 13 de noviembre del año 657, segun el mas arreglado cálculo, despues de haber gobernado su obispado como un verdadero sucesor de los apóstoles por espacio de casi diez años. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Santa Leocadia, y sobre su túmulo se puso el epitafio que él mismo habia compuesto en ocho versos heróicos, cuyas letras iniciales forman su nombre, indicando las finales la miseria de esta vida: prueba nada equívoca de lo presente que tuvo siempre la muerte. Al cual añadió otro elegante epitafio su sobrino y sucesor san Ildelfonso. Reducidos á prosa sus versos, dicen: *Aquí yace el venerable cuerpo del gran prelado Eugenio, el cual ilustra al templo de Santa Leocadia; fué monje, y cuando mas huía de la sombra de los mortales, fué electo pontífice del orbe de Toledo. Su vida fué bienaventurada, sus costumbres purísimas sin alguna mancha. Emulo de Isidoro, é imitador de Leandro.*

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

San Diego, confesor, del orden de los frailes menores, de quien se ha hecho mencion el dia anterior.

En Ravenna, la fiesta de los santos mártires Valentin, Solutor y Victor, quienes padecieron bajo Diocleciano.

En Aix de la Provenza, san Mitro, ilustrísimo mártir.



En Cesarea de Palestina, el martirio de los santos Antonino, Zebinas, German, y de santa Ennata, virgen, que, despues de haber sido magullada, fué quemada bajo Galero Maximiano. Aquellos, acusando de impiedad al presidente Firmiliano, y reprendiéndole porque ofrecia sacrificios á los dioses falsos, fueron decapitados.

En Africa, los santos mártires Arcado, Pascasio, Probo y Eutiquiano, españoles, quienes, durante la persecucion de los Vándalos, por haberse negado á entrar en la secta impia de los arrianos, fueron desde luego proscritos por Genserico, rey arriano, luego enviados á destierro, donde, despues de haber probado excesivos tormentos, fueron muertos de diferentes maneras. Entonces se dejó ver con esplendor la constancia del jóven Paulillo, hermano de san Pascasio y san Eutiquiano, el cual, no pudiendo ser resfriado en su apego á la fe católica, fué largo tiempo apaleado, y condenado á la mas vil esclavitud.

En Roma, san Nicolás, papa, que sobresalió por su apostólica firmeza.

En Tours, san Bricio, obispo, discípulo de san Martín.

En Toledo, san Eugenio, obispo.

En Clermont de Auvernia, san Quinciano, obispo.

En Cremona, san Homobon, confesor, ilustre por sus milagros, y canonizado por Inocencio III.

En Rennes, san Amando, obispo.

En Viena de Francia, san Leoniano, abad.

En Paris, san Gendulfo, obispo de otra silla.

En Poitou, santa Fercinta, venerada como virgen y mártir en Luray del Creuse.

En Rodez, san Dalmas, obispo.

En Aubigny en el Artois, san Quiliano, obispo misionero procedente de Irlanda.

En Saintes, san Ligario, obispo.

En el Limosin, san Dumini, solitario.

En Caudry cerca de Cambrai, santa Maxelenda, virgen, victima de su castidad y sobriedad.

Este mismo dia, san Herardo, confesor.

En la Reola del Garona, el venerable Abon abad de San Benito del Loira, célebre por sus escritos, muerto de una lanzada al querer sosegar una quimera.

En Metz, el venerable Adalberon de Luxembourg, tercero de este nombre, obispo, varon de gran santidad.

En Persia, los santos mártires Milles, obispo, Eboras, presbitero, y Seboas, diácono.

En Citta-di-Castello, en el ducado de Spoleto, san Florido, obispo, patrono de aquella ciudad, y mencionado por san Gregorio.

En Wesfalia, san Volquino, cisterciense.

En Siria, el bienaventurado Sierso, abad de Mariengarda, del orden premonstratense.

*La misa (para el comun de la Iglesia) es del comun de confesor no pontífice, y la oracion la que sigue :*

Adesto, Domine, supplicatio-  
us nostris, quas in beati  
Stanislai, confessoris tui, so-  
lemnitate deferimus : ut qui  
nostræ justitiæ fiduciam non  
habemus, ejus qui tibi placuit,  
precibus adjuvemur. Per Do-  
minum nostrum Jesum Chris-  
tum...

Oye, Señor, favorablemente  
las humildes súplicas que te  
dirigimos en la solemnidad de tu  
bienaventurado confesor Esta-  
nislao, para que los que no pode-  
mos confiar en nuestra justicia,  
seamos amparados con la pro-  
teccion de aquel que tuvo la  
dicha de agradaros. Por nuestro  
Señor Jesucristo...